

El llanto de la venganza

Hubo una vez, en un lejano pueblo de montaña, un castillo enorme, cuyo interior estaba cubierto de oro y del que sólo quedan unas cuantas piedras amontonadas y una blanca estatua de mármol bajo el desgaste de la lluvia y el viento húmedo del norte. En él, vivían felices Don Enrique y su esposa. Don Enrique era un noble señor que se había ganado el respeto y cariño de su pueblo. Iriadna, su mujer, era una plebeya y, aunque de origen humilde, su comportamiento y extrema belleza eran tales que entre ella y una poderosa reina no se notaría la diferencia.

Se habían casado una tarde de agosto muy calurosa. Cuando él mostró su regalo a Iriadna, el asombro recorrió de arriba a abajo a todos los presentes. Era una estatua de mármol de casi dos metros de altura y que representaba a la tierna figura de su esposa.

Una mañana de abril el buen Enrique recibió una noticia que ennegreció su corazón como si del mismo veneno le hubiesen hecho beber: su gran amigo y consejero, Mateo, había sido atacado por una manada de lobos hambrientos y su cadáver hallado en un claro del bosque.

Como de la nada, llegó al pueblo un hombre de ojos sangrientos y tal palidez que se diría un muerto viviente. Cuando Don Enrique lo vio, su corazón dio un salto al contemplar aquella mirada tan fría y sombría. Enseguida se interesó por la identidad del desconocido y quiso entablar conversación con él.

Descubrió ante sí a una persona que nada parecía tener que ver con su aspecto desaliñado y fantasmal, más bien se podría decir que



era todo lo contrario: educado, culto... Le gustó tanto, que le propuso ser su consejero. Al extraño hombre se le iluminaron los vidriosos y saltones ojos. Pensó Don Enrique que era de ilusión, y no sabía el pobre lo lejos que estaba del verdadero objetivo del hombre misterioso.

El primer día de su estancia en el palacio, Iriadna enfermó muy gravemente y el médico real no dejaba que recibiese visitas, sólo la de su marido. Don Enrique le contaba entusiasmado lo bien que se llevaba con el nuevo consejero y todos los cambios y progresos que habían hecho. A Iriadna le encantaba ver tan feliz a su esposo, y nunca lo interrumpió en aquella larga semana de convalecencia. Al recuperarse, lo primero que quiso hacer fue conocer al buen hombre que había alegrado a Don Enrique. Cuando lo vio, su aspecto la decepcionó. Se había imaginado a alguien más elegante y con cierto aire de distinción; esos ojos, esa voz... le evocaban a alguien, pero no conseguía recordar.

- ¿Nos hemos visto antes? - le preguntó.

- Lo dudó mucho, mi señora. Yo vago de un lado a otro de la tierra y nunca paso más de dos días en un lugar.

- Tenéis razón, será mi imaginación, pero aún no he tenido el gusto de saber vuestro nombre.

- Si de verdad os interesa, no tengo objeción alguna. Me llamo Ignacio.

La sangre se le heló en las venas, el corazón dejó de latirle y su respiración cesó. ¡Ahora lo sabía! ¡Ignacio! Era aquel chico, el hijo del herrero, el que quería hacerla su mujer, el que decían que



se había tirado al río la noche en que supo de la boda de Don Enrique e Iriadna. ¡Pero era imposible ! De repente, se le entornaron los ojos y cayó indefensa al suelo. Cuando se despertó, no quiso ver ni a Enrique, sólo quería hablar con Ignacio.

Mientras estaban solos en aquella habitación, un frío glaciador y un silencio sepulcral la recorrió entera.

- ¿Qué has venido a buscar aquí?

- Lo que me merezco- le respondió cual témpano de hielo.

- ¡A mí nunca me conseguirás!

- Ya lo sé mi querida Iriadna. Pero yo sólo he dicho que he venido a buscar lo que me merezco, no lo que me mató, ¡y ni tú ni nadie me lo va a impedir!.

Diciendo esto, se envolvió en su capa e hizo surgir una nube de polvo verde entre la que desapareció.

Don Enrique, preocupado, le preguntó a su consejero qué era lo que le ocurría a su mujer. Ignacio encontró ahí la ocasión perfecta para mentir a Enrique diciéndole que Iriadna le había engañado varias veces con un hombre del pueblo y que él mismo los había visto paseando por la noche cogidos de la mano. Entonces, al saberlo ella, quiso comprar su silencio con dinero. Don Enrique, presa de los celos y la furia, se quedó callado mirando al suelo mientras apretaba los puños.

A Ignacio no le costó ni una hora convencerle, inocente e ingenuo, de que lo más adecuado era matar a Iriadna esa misma noche. Después de cenar y cuando todos dormían ya, Don Enrique se acercó a ella y, en silencio, la asesinó. Al verla allí tendida en



el suelo y pálida como la cera de las velas del alargado corredor, dándose cuenta de lo que había hecho, dio fin a su vida para morir junto a su esposa.

Desde esa noche, de los ojos de la blanca estatua de Iriadna no dejaron de brotar lágrimas de sangre. Ignacio llegó al poder y con él vino una época de oscuridad al pueblo. Ya tenía lo que buscaba, venganza.

La estatua le hacía recordar, y mandó romperla en mil añicos, pero todas las noches oía su llanto desconsolado, y, a la mañana siguiente, volvía a estar como nueva mirándole impasible.

Pasaron así los días y los meses e Ignacio, lleno de desesperación, una noche se tiró de la ventana más alta del castillo y, sólo a partir de ese día la estatua dejó de llorar.

Rosalía García Trabada



Una luz en el camino

Q menudo, con la luna como único testigo de su desconsuelo, Jaime lloraba frente al mar. No hacía mucho tiempo que, con el fin de ver a su amada, recorría el largo camino de su vieja casa a aquel apartado acantilado. Pero ahora se había topado con la cruda realidad, con lo tenebroso de su trayecto y con lo frías que eran las noches allí en lo alto. Cruel el que había puesto en aquel lugar un banco, noches ha, para regocijo de la pareja, y, más tarde, como recuerdo de lo que había podido ser y no había sido.

Lloraba él sin consuelo, mas no tenía culpa de que la diosa fortuna hubiese favorecido más las arcas de otra familia de la villa que las de la suya propia.

Desde allí arriba se divisaba el casco de un barco, tan grande como lo había sido su amor, fuertemente herido contra unas rocas. Reparó, por la avanzada corrosión, en que probablemente hubiera estado allí en aquellas cálidas noches, a modo de mal presagio.

Mas, ¿qué había de hacer ya?. Nadie se había molestado en iluminar su trayecto, y entre tal aglomeración de contras, una luz tenue se encendió en el mar (seguramente reflejo de una luna consejera).

Hizo entonces de la losa que caía incesante sobre él, granito al que grabar su nombre y la fecha de aquel día.

Moisés





La bruja de Brañavara

Esta historia transcurre en una remota aldea perdida en la montaña.

Sobre el año 1920, en una fría mañana otoñal, se celebró el bautizo de una niña muy especial. En la iglesia se reunieron los padrinos y la madre. A su padre nunca se le conoció.

En la sacristía, el cura se preparaba para la ceremonia. Ya iba a salir cuando se acordó de que tenía que ponerse la estola de los difuntos. Hacía mucho tiempo que no se bautizaba a nadie con ese paño blanco de tiras negras atado a la muñeca. Normalmente ningún padre lo permitía, pero la Iglesia lo consideraba necesario y, si no se daban cuenta...

La misa comenzó y ya el sacerdote había levantado la mano con la estola, ya el agua corría por la cabeza de la niña, cuando su madre gritó: - Pero, ¿qué ha hecho? La ha bautizado con la estola de los difuntos. El cura, tranquilo, le respondió: -No se preocupe, no le pasará nada malo, pero compéndalo, siempre se ha necesitado a alguien que pudiese hablar con los muertos.

Esta niña, a la que habían llamado Amparo, creció sin saber nada de lo ocurrido en su bautizo. Su madre no encontraba el momento para contárselo y esperaba que todo lo que se decía sobre quien era bautizado con la estola fuese mentira.

A Amparo le encantaba pasear de noche, pero su madre no se lo permitía. Ese día, a las once, se escapó y subió a la montaña más alta del valle, donde sólo quedaban las ruinas de un antiguo



castillo. Allí vivió hace muchos años el señor de casi todas aquellas tierras. La vista era preciosa y el silencio absoluto. Amparo comenzó a sentir escalofríos, sintió sombras a su alrededor. Asustada, comenzó a correr y se internó en el bosque. Las hojas crujían a su paso y otros pasos detrás de ella las hacían crujir de nuevo como un eco. Estaba tan aturdida que se perdió. De pronto vio un muro blanco ¡ya estaba en el pueblo! Aquello no era una casa, era el cementerio.

¿Cómo podía haberse equivocado? Quería escapar, pero las sombras la acorralaban, se movían a su alrededor haciendo crujir las hojas, rompiendo aquel silencio sepulcral.

Cuando por fin pudo salir de aquella cadena de espíritus y fuerzas, corrió sin parar hasta su casa.

A la mañana siguiente, decidió contárselo a su madre, que no tuvo más remedio que decirle la verdad: podía hablar con los difuntos. Eso iba a ser su trabajo y su vida.

Enseguida, se supo en todo el pueblo. Mucha gente, a la que no le iban bien las cosas, le pedía que fuera a hablar con sus muertos, para saber si ellos no habían cumplido con sus promesas y ahora lo pagaban sus descendientes. Venían personas de muy lejos a visitarla. Casi todas las noches tenía que ir al cementerio, acompañada sólo de dos velas. Nunca sabía cuándo iba a aparecer el difunto, detrás de cada árbol podía salir un espíritu sin avisar.

Un día, vino a verla un joven que se presentó como el biznieto del señor que, años atrás, fue dueño de aquellas tierras y que vivía en el castillo de la montaña del que sólo quedaban las ruinas. El joven venía desde muy lejos y Amparo, más conocida como la bruja de Brañavara, era su última esperanza. Su esposa



estaba muy enferma y los negocios iban mal. Quizás su bisabuelo dejó alguna promesa sin cumplir. No creía mucho en esas cosas ni en la bruja, pero estaba desesperado.

Esa noche Amparo cogió dos velas y se internó en la oscuridad del bosque que llevaba a las ruinas. Hacía mucho viento, pero la llama de las velas seguía encendida. Sólo se oía el susurro de las hojas movidas por el aire y, de repente, silencio. Pudo sentir la sombra detrás de ella. Se dio la vuelta y exclamó: "Por fin te encuentro". No podía verlo, pero sí sentir su frío y los susurros misteriosos de su voz.

Al día siguiente por la noche, el joven fue a visitarla, y la bruja le dijo:

-Tu bisabuelo era un pobre campesino, pero muy inteligente. Soñaba con ser rico y rezaba todas las noches a la Virgen. Le prometió que iría a Fátima andando si conseguía ser el señor del pueblo. Lo fue, pero se olvidó de su promesa o no quiso acordarse. Cúmplela y todo se arreglará.

El joven le dio las gracias y le dejó bastante dinero. Amparo le acompañó a la puerta. Al salir, una ráfaga de viento desde las ruinas de la montaña movió bruscamente las hojas del suelo, pero la vela que llevaba la bruja permaneció encendida. El joven la miró sorprendido y ella le sonrió con frialdad, misteriosamente, mientras él se alejaba internándose en la oscuridad de una fría noche otoñal.

Lara González López.





El precipicio del rosal

Corrían entre risas dos enamorados por un camino situado al lado de un barranco. En el valle sólo se oían sus carcajadas mientras bailaban al son del viento. Por aquella zona apenas pasaba gente por temor a "el precipicio de la muerte". Recibía este nombre porque era muy profundo y en él casi no había ni arbustos ni hierbas, solamente grandes piedras. Pero los jóvenes no pensaban en eso y seguían divirtiéndose.

Cada vez el viento crecía y azotaba con más fuerza. Fue entonces, cuando un descuido hizo que la chica tropezase y que se cayera por aquel barranco. Mientras su cuerpo descendía, se oía como el chico gritaba desesperado por lo ocurrido. Dicen que el grito fue tan fuerte que se escuchó a miles de kilómetros y fue capaz de parar el viento.

Cuando rescataron sin éxito el cuerpo de la joven, tenía clavada en su corazón una rosa roja.

Cada día que pasaba, el chico estaba más desesperado. Tanto que se volvió loco pues se culpaba de ser el responsable de lo ocurrido.

Una noche en la que intentó conciliar el sueño, tuvo una pesadilla. En ella se le apareció una luz y después divisó una mujer. Aquella mujer era la misma que él había amado durante mucho tiempo.

Ella llevaba un vestido blanco, iba descalza y el viento agitaba sus cabellos de oro. En una de sus manos sostenía una rosa roja y con la otra le hacía una señal para que le siguiera. Después se daba la vuelta y corría. Cuando quería, se paraba y volvía a hacerle la misma señal, lo cautivaba con su mirada y le regalaba una sonrisa.

Tenía esta pesadilla continuamente y su desesperación iba en



aumento.

Una noche de luna llena hubo una gran tormenta. Los relámpagos iluminaban el cielo y llovía como si de un diluvio se tratara. A la mañana siguiente, unos hombres encontraron el cuerpo sin vida del chico. Estaba vestido con ropa blanca y en su corazón tenía clavada una rosa roja.

En aquel valle creció un rosal, por eso empezó a llamarse "el precipicio del rosal".

Todavía hoy se dice que cada noche de luna llena caminan por este lugar los dos enamorados vestidos de blanco y llevan en sus manos una rosa roja.

Ángela Martínez Barcia.



Corazón solitario

*S*ara vivía en una gran casa a orillas del mar con sus padres. Allí había sido muy feliz durante su infancia, pero ahora su vida era un tormento.

Su padre estaba convencido de que ella debía casarse con Juan, un joven muy trabajador y adinerado. Todas las noches, Sara iba al sótano. Aunque era oscuro y frío, se sentía mejor que en ningún otro rincón de la casa; allí confesaba a su madre todas sus penas y deseos, pero sabía muy bien que de nada serviría su opinión y que se tendría que casar con aquel hombre.

El tiempo fue pasando y, con la ayuda de su madre, conseguía aplazar la boda una y otra vez. Pero, un desgraciado día, su madre murió. Sara lloró y lloró, no quería separarse de ella, que tanto la protegía y apoyaba. Estuvo dos meses encerrada en su habitación a oscuras, ya que así era como veía su vida. Únicamente tomaba el aire a las doce en punto para ver las estrellas, como había hecho cada noche con su difunta madre.



Pero su padre seguía con la idea de casarla con Juan y ahora,



que ya no estaba su mujer, lo tendría más fácil. Él mismo le preparó la boda. El día en que Sara se enteró, decidió por fin salir. Hacía un sol espléndido que cegó sus ojos acostumbrados a la oscuridad y también dio color a su pálida piel. Llegó al cementerio y allí permaneció toda la tarde sobre la tumba de su madre. Cuando ya estaba oscureciendo, alguien le tocó la espalda; era un hombre, que muy preocupado le preguntó si estaba bien; ella necesitaba hablar y aquella era su oportunidad. Allí los dos conversaron toda la noche mirando las estrellas.

Transcurrieron las semanas, Sara cada vez veía más claro que no podía casarse sin ser por amor y tomó una seria decisión: dos días antes de la boda fue a la playa y desde el más alto de los peñascos se lanzó al agua.

Jénninger Moure



El encuentro de la muerte

En otro tiempo había sido esplendoroso, pero desde el siglo XV sus muros reposaban muy tranquilos y llenos de humedad. Estaba enterrado en el valle y, desde arriba, parecía una gran cantidad de piedras sin sentido y totalmente colonizadas por zarzas y otra vegetación. Sin embargo, las ruinas eran algo más: su moradora era muy especial.

Noche era hija del herrero, vivía en una casucha en la plaza del pueblo. Era débil y frágil, pero astuta y soñadora. Tal vez fue esto lo que la llevó a interesarse por lo desconocido, a escaparse cada atardecer.

Tan pronto vio Noche el viejo templo religioso, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Sus ojos seguían mirando el oscuro y frío monasterio alzado entre las copas de los árboles. Una extraña voz la llamaba. La luna estaba llena y se escondía entre la oscuridad de los árboles, para luego brillar e iluminar el sendero hacia el templo.

Era enorme. La puerta de entrada, de madera noble, se erguía majestuosa y por sus bordes crecían matorrales y enredaderas. Los árboles desnudos movían sus esqueletos al compás del aire, y los ruidos de la noche caminaban entre las sombras y hojas del suelo.

Por un muro derruido, Noche decidió internarse en el monasterio, y pronto descubrió los arcos y cúpulas que aún seguían en pie. La puerta de una sala se abrió con un estremecedor chillido y dejó el hueco suficiente para que una ráfaga de viento helado



alcanzase a la joven.

Noche, atónita , pudo ver ante sus ojos una mujer envuelta en una túnica negra y malva.

-Ya has llegado- le dijo- Te estaba esperando.

La niña no podía escapar, nadie la sujetaba, pero algo le decía en su interior que no se moviera. La vieja le colocó la capa bordada sobre los hombros.

Desde entonces la joven no ha regresado. Aquella noche de luna llena la muerte la hechizó y la convirtió en su sucesora. Noche era una niña y lo sigue siendo. Dicen que en el último segundo, cuando la vida se apaga, la sangre se hiela, y el corazón deja de latir, se siente el abrazo cálido de una niña: la muerte.

Andrea Pérez



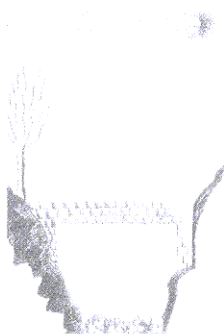
La maldición de Esperanza

*E*n una de mis visitas a la casa del viejo Don Agustín, tuve la oportunidad de conocer a Doña Irene Iriarte. Esta mujercilla bajita y menuda era capaz de hablar y hablar durante horas mientras todos escuchábamos atónitos sus historias, a la vez que observábamos todas las expresiones de su anciano rostro y de sus diminutos ojos.

De su boca, he oído los más fascinantes relatos, siempre repletas de sombras que se movían furtivas en la noche, lugares malditos, casas encantadas...

La leyenda que voy a narrar me la contó en una noche de tormenta y viento huracanado, y recuerdo que miraba nerviosa a mi alrededor cada vez que oía algún ruido extraño.

En un pequeño pueblo escondido en lo más profundo de un estrecho valle, una serie de desgraciadas muertes se sucedieron sin explicación alguna. Sin embargo, alguien que conocía el motivo de los incidentes me contó esta historia que desvela los secretos de un hombre y una mujer que se amaron y se odiaron infinitamente.



Esperanza era una muchacha hermosa, vital y alegre, hija del tabernero del pueblo. La chica tenía multitud de pretendientes y las pupilas de los hombres y muchachos se posaban en su cuerpo cuando paseaba por las calles. Sin embargo, ella tan sólo amaba a un hombre y



ése era Vicente.

Se veían en secreto, y paseaban juntos por la orilla del río cogidos de la mano. Mas una noche, sobre el puente, en una de esas visitas secretas, Vicente le dijo que ya no la quería pues se había enamorado de otra mujer e iban a casarse pronto. Presa del dolor y de la rabia, Esperanza cayó de rodillas a sus pies y le suplicó que no la abandonara pues lo necesitaba como al aire que respiraba. Ante la negativa de éste, se puso en pie de nuevo y, secándose las lágrimas, le dijo:

-Si queda en tu pecho algún rastro de amor, vendrás a buscarme.

Y dando media vuelta se arrojó al caudaloso y turbulento río sin que Vicente pudiera hacer nada por impedirlo.

Su corazón le decía que saltara a salvar a la joven, mas permaneció con los pies clavados en el suelo, intentando verla en las aguas. Pensando que se había vuelto loca y que al lado de la otra mujer (muy rica y poderosa) le aguardaba un futuro próspero, se marchó de allí, no sin antes asegurarse de que nadie había presenciado lo sucedido.

Fue así como, bajo el cielo de un siete de noviembre, una muchacha hermosa, vital y alegre llamada Esperanza murió por el desdén de su amado.

La desaparición de Esperanza causó un gran dolor a todos los habitantes del pueblo. Su padre, el tabernero, estaba cada día más flaco y pálido. La buscaron por todas partes, pero fue inútil, nadie la había visto desde aquella gélida noche.



Vicente siguió adelante con sus planes de boda, no sin sentir un profundo remordimiento que le carcomía las entrañas y una sensación extraña de que sus problemas no terminarían ahí.

El tiempo fue pasando y la gente se fue olvidando de Esperanza; su padre comenzó a sonreír de nuevo y el pueblo se recuperaba de ese gran golpe. Todos, menos Vicente. Se había casado con una rica y bella mujer y tenía todo cuanto podía desear, pero cada noche en la oscuridad, al cerrar los ojos, oía otra vez aquellas palabras e imaginaba la risa y los ojos de Esperanza. Ya no sabía distinguir qué cosas eran producto de su imaginación y qué cosas eran reales, y eso le hizo perder la razón. Vagaba solo por el bosque todas las madrugadas gritando su nombre, con los ojos desorbitados y la respiración agitada. Creía verla en todas partes y a la vez en ninguna, como un espejismo.

En una de sus búsquedas, Vicente se internó más que nunca en el bosque y continuó hasta atravesarlo y llegar al puente donde su tormento había empezado. Todo estaba oscuro, en tinieblas y el frío era intenso. Las aguas del río rugían furiosas a la par que el viento zarandeaba las copas desnudas de los árboles y llevaba en brazos los gritos de Vicente:

-¡Esperanza! ¿Dónde estás, mi Esperanza? ¡Mira lo que has hecho de mí!

Una risa de mujer resonó en la cabeza del joven, que, desesperado, se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos, pero Esperanza seguía ahí, riéndose de él, de su desdicha y su sufrimiento. Y allí en el puente, volvió a escuchar aquellas palabras: "Si queda en tu pecho algún rastro de amor, vendrás a buscarme".

-Te buscaré en las aguas- y diciendo esto saltó al río.



Al día siguiente, un milagro ocurrió. Sobre su cama, con un vestido blanco y el pelo mojado, descansaba el cuerpo sin vida de Esperanza. Tenía el rostro sereno y los ojos cerrados.

Nadie sabe cómo llegó allí, ni dónde había estado hasta entonces. No se volvió a saber nada de Vicente, pero dicen que cada siete de noviembre se oye una voz en el bosque que grita un nombre y espera respuesta, mas nadie contesta a su llamada. Y el silbido del viento se mezcla con el lamento: ¿Dónde estás, Esperanza?

Sabela Reçalde Penabad

